

LA JUVENTUD PASA

VICTORIA RODRIGUEZ

Por MARINO GOMEZ-SANTOS

Menuda, expresiva, graciosa, Victoria Rodríguez tiene las aptitudes de una actriz de fibra. Porque a mí me parece que lo importante para el teatro es el carácter, antes que la belleza y que la figura, que pueden ser también, en efecto, dos condiciones espléndidas; pero que, si fallan en la interpretación, hay que destinar a esa actriz únicamente bonita a sacar bandejas.

Pero, además, Victoria Rodríguez es una joven actriz bonita, hija de actores.

—Mi padre era Manolito Rodríguez. Murió hace catorce años. Escribía también comedias... La última la terminó Carlos Llopis, y las dos las estrenó Gaspar Campos.

Las cuñas de la misma madera no le fueron perjudiciales a Victoria Rodríguez, que, acompañando a su madre en unas vacaciones, encuentra su suerte.

—Me despedí de mis compañeras del colegio y me fuí a Barcelona, acompañando a mi madre, a quien había contratado Valeriano León. Al poco tiempo se le fué la dama joven, y me hizo a mí una prueba. Desde entonces ya no salí del teatro. Fuimos a provincias, vinimos a Madrid...

Y así hasta 1951, en que Victoria Rodríguez pasa a la compañía de Gasco-Granada, donde permanece de damita joven. La primera comedia en que le dan un papel es "Elena tiene un pasado". Va a provincias, y a su regreso estrena "Juego de niños", de Víctor Ruiz Iriarte.

—¿Es fácil entrar en el teatro como actriz?

—A mí, ten en cuenta que me resultó facilísimo; me lo sirvieron, puedo decir, en la misma bandeja del desayuno.

Con Victoria Rodríguez pueden ha-

cerse comentarios sobre la cara y cruz del teatro. A ella le divierte la conversación, le gusta pensar sobre las cosas.

—Con lo que gana una actriz regular,



sin ser todavía notable, enténdeme, ¿puede defenderse económicamente, o necesita la ayuda de sus padres?

—Yo, con lo que gano tengo para vivir. Lo malo es cuando llega un estreno, porque ya ando de cabeza, sobre todo si tengo que hacerme dos o tres trajes. En las "paradas", si recorro a mamá, porque me lo gasto todo.

Victoria Rodríguez, criada dentro del teatro con una estimación extraordinaria, cree en la bondad, naturalmente.

—¿Ayudan las primeras figuras?

—Yo creo que sí. Además, también creo que cuando le hacen a una cualquier observación es con buena voluntad. En estos casos yo voy al camarín, lo pienso, y casi siempre estoy de acuerdo.

Victoria Rodríguez le obliga a uno a la siguiente pregunta:

—¿Tú crees que el matrimonio es un perjuicio o un beneficio para una actriz?

—Yo no lo sé prácticamente, pero los que llevan mucho tiempo en el teatro me dicen que no me case. Por mi parte, creo que, cuando me enamore, no voy a fijarme en ninguna de estas cosas.

Confidencialmente, Victoria Rodríguez me dice que a ella le gustaría casarse con un caballero que estuviese relacionado con su ambiente mismo, para no tener el disgusto de abandonar la escena.

De una manera fatal sale en la conversación la crítica teatral. Las actrices hablan siempre bien de la crítica teatral.

—A mí me gustaría conocer a muchos críticos para darles las gracias por lo bien que me han tratado siempre.

Y, también de una manera fatal, hablamos de la decadencia del teatro:

—Yo creo que no existe esa decadencia: en cuanto hay una comedia buena, el público va a verla y se llena el teatro. Ahora, los que entienden más que yo dicen que sí, que hay decadencia.

(No sé por qué, mientras tengo delante de mí a Victoria Rodríguez se me ocurre pensar en lo que de ella dirían varios escritores:

Baroja: "Es una mujer de fibra".

"Azorín": "Victoria Rodríguez. Vivaz, activa, elegante".

Y Palacio Valdés hubiese escrito: "Es como una porcelana de Sèvres".)

A todo esto, Victoria Rodríguez sigue hablándome:

—Momentos antes de un estreno lo paso fatal de nervios; después no lo cambiaría por nada.

Actrices que admira. La pregunta es, aunque no lo parezca, bastante difícil para Victoria Rodríguez, que cuando debía ser espectadora era ya actriz. Por esta razón ve apenas dos actuaciones de cada figura.

Ahora arruga la frente, se queda un momento pensativa y, al poco, pone la uña sobre la cuartilla:

—Puedes decir: Lola Membrives, Tina Gascó, Elvira Noriega, Berta Riaza, Irene López Heredia, Aurora Redondo...

—Si no hubieses sido actriz...

—Desde luego, hubiese querido ser médico, aunque te parezca absurdo.

Y, naturalmente, me lo parece; porque una actriz o un escritor son siempre criaturas humanas que se colocan de espaldas a lo desagradable, en una postura de cordialidad con la vida, por delicadeza, por temperamento.

—Cuando no haces teatro, ¿qué haces?

—Leer. Me gusta mucho leer. En verano voy a la piscina, si no voy a puerto de mar.

¿Qué haría Victoria Rodríguez cuando se retirase del teatro? ¿Cómo prepararía su epílogo vital? Desde luego que la respuesta puede decirnos mucho de su carácter.

—Suponiendo que me retirase del teatro a una edad larga, me gustaría tener una casa con mucho sol, muy alegre.

—¿Qué aconsejarías a una hija actriz?

—Nada. La actriz es el carácter, y ella se vale o se hunde.

A Victoria Rodríguez le horroriza el que uno tome notas de sus respuestas. Ella quiere hablar, discutir, comentar, pero confidencialmente. Tiene miedo a su juventud, a su ligereza.

Y todo porque la fortuna artística la recibió en la misma bandeja del desayuno, y las cuñas de la misma madera le hicieron ser amable, cordial, contenta de ella misma y de los demás; porque, en realidad, ella no tiene motivo de descontento.

La entrevista con Victoria Rodríguez se termina siempre demasiado pronto

Madrid 9. Agosto.